



29 de enero de 1888

Pureza de intención para evitar el purgatorio

Mis queridas hermanas,

Casi todos los años por estas fechas, me veo obligada a ausentarme para visitar las casas. Estos viajes no suelen ser muy largos. Pero creo que éste será más largo. Todas vosotras sabéis que es por asuntos de la Congregación por lo que emprendo este viaje. Por tanto, rezaréis especialmente para que Dios lo bendiga, nos conceda las luces, las gracias y los dones celestiales con las bendiciones de la Santa Sede que voy a buscar, y para que todas las cosas se regulen según el espíritu de la Iglesia, como sea más útil para la Congregación.

La ausencia es siempre dolorosa. En este mundo nunca se puede estar en un lugar sin estar al mismo tiempo lejos de otro. Este es el dolor de la vida presente, mientras que, en la eternidad, todos estarán unidos por una sola mirada, y se encontrarán cerca de Dios, a pesar de las diferentes ocupaciones de los bienaventurados. Los bienaventurados cuidan de los de la tierra; la unión será siempre perfecta, no habrá más ausencia, ni más separación.

Al deciros esto, quiero que penséis en esto: qué duro será, cuando lleguemos al último momento de nuestra vida, y que descubramos un tiempo de ausencia entre nuestra alma y nuestro Señor. Porque, ¿qué es el purgatorio? Es un tiempo de purificación, pero es un tiempo de ausencia. ¿Por qué no habíais de estar preparadas a la hora de la muerte, todas amorosas y fieles, para ir en seguida a Dios y a todas las almas santas que os esperan? Debemos reflexionar a menudo sobre esto. Si nos resulta doloroso estar separadas en este mundo de las personas que amamos, ¿cómo será estar separadas de Dios, aunque sea por poco tiempo, y con dolores de los que no tenemos ni idea?

¿Qué podemos hacer para evitarlo? Debemos santificar todas nuestras acciones en esta vida presente, y hacerlas con más fervor. Volver a nuestros votos para cumplirlos con mayor perfección, volver a la sumisión en la obediencia, al desprendimiento en la pobreza, a la pureza, a la mortificación en la castidad. Luego, a medida que surjan las acciones, realizarlas lo más perfectamente posible.

San Vicente de Paúl solía decir: "¿Qué haría Jesucristo en esta acción? ¿Cómo respondería, cómo actuaría si estuviera en mi lugar? Podemos deciros esto en cualquier momento, para cualquier acción e incluso en la oración. Nuestro Señor oró, ¡y qué oración admirable de adoración, sumisión, sacrificio y petición! La oración de Jesucristo es la fuente de nuestra oración, el modelo y la fuerza de nuestra oración. *Oramos por nuestro Señor Jesucristo.*

Una persona que hace las acciones de la vida ordinaria con esta intención, que busca hacer siempre lo mejor que puede, que no tiene en cuenta lo que es de sí misma, pues es una gran desgracia estar centrada en sí misma y decirse: "tengo mucha pena" o bien: "no tengo consolación" siempre que consideramos las cosas de esta manera, estamos seguras de cometer imperfecciones, pero, lo repito, un alma que mira a Dios para imitar a nuestro Señor, para

glorificar a Dios, está segura de llegar a ser una religiosa tan perfecta como se pueda ser en este estado".

Cada una de sus acciones se convierte entonces en santa, virtuosa, agradable a Dios, y la hace capaz de poseer a Dios un día y alcanzar la perfección de la caridad en esta vida. Dios no nos pide nada más. El amor a Dios y al prójimo cubre todas nuestras imperfecciones y repara todo lo que hay que reparar en nosotros.

La perfección de la caridad no se alcanza inmediatamente. Hacer siempre lo que más agrada a Dios y lo que más imita a Nuestro Señor requiere un esfuerzo constante. Por eso os pido, ya que me veo obligado a ausentarme, que durante este tiempo hagáis todas muchos progresos. Podéis, porque Dios os da su gracia. Él os advierte constantemente y os llama a subir más alto en su amor. Que pueda a mi vuelta, y será para mí una gran alegría, ver que cada una está más llena del espíritu de Dios: más humilde, si es orgullosa; más pobre o menos negligente, pues a menudo es por negligencia por lo que falta la pobreza; apegada a nada o desprendida de todo; finalmente llena del amor de Dios y del prójimo, paciente, caritativa, regular, fiel en una palabra a todo lo que exige la Regla.

Recordad que la Madre María Margarita nos habló de un predicador que no tenía necesidad, decía él, de predicar a las hermanas sobre la caridad, ya que tenían un capítulo tan hermoso sobre esta virtud en la Regla. Concluía que la practicaban y que ese hermoso capítulo había pasado realmente a la vida de cada una. Eso me gustaría. Si pudierais vivir todo lo que está en la regla, sobre la humildad, la caridad, la modestia y las relaciones mutuas, todo lo que se refiere más especialmente a la vida interior y a la perfección, es seguro que no tendríamos necesidad de predicaros estas cosas y que yo tampoco tendría nada que pedir.

Sed, pues, regulares, humildes, llenas de amor a nuestro Señor. Haced todas las acciones por él y, en cuanto podáis, a imitación de lo que os mostró durante su vida mortal.